

Servidores de la luz y testigos de la esperanza



Queridos hermanos y hermanas:

Os escribo esta carta después de haber vivido la experiencia del Sínodo de los Obispos cuya primera sesión ocupó todo el mes de octubre, a la espera de concluir dentro de un año con la segunda sesión. Todo el mundo puede leer el Informe de Síntesis titulado “Una Iglesia sinodal en misión” que se publicó al final de la primera sesión (29 de octubre de 2023), así como la Carta al Pueblo de Dios difundida el 25 de octubre. Son documentos que quieren hacerse eco de un mes de oración, de trabajo, de encuentros, de escucha, de discusiones, y que quieren ayudar a toda la Iglesia a continuar este camino hacia y más allá de la clausura de este Sínodo sobre la sinodalidad.

Esta carta mía sólo quiere destacar algunos aspectos de esta experiencia para animar nuestra participación en la etapa actual del camino sinodal de la Iglesia. Todos estamos invitados a acoger y experimentar lo que el Espíritu Santo está diciendo a toda la Iglesia y a las Iglesias particulares como nuestra Orden, nuestras comunidades, junto con todas las personas que están caminando con nosotros. Que el tiempo de Adviento y de Navidad nos ayude a acoger estas sugerencias con un corazón pobre, a la escucha, suplicante; un corazón dispuesto a la conversión que se nos pide para acoger con alegría a Cristo que viene a salvar al mundo.

El Sínodo y la guerra

El mundo está cada vez más dividido y en guerra. ¿Qué nos pide esta trágica circunstancia? No basta con estar informados, expresar horror y solidaridad. No basta con condenar a los autores y compadecerse de las víctimas. “¿No hacen lo mismo también los gentiles?” (Mt 5, 47).

Los cristianos estamos llamados a hacer más. No porque seamos mejores o más capaces, sino porque hemos recibido más. Tenemos a Cristo, y Cristo es todo lo que la humanidad necesita. “Quien tiene al Hijo tiene la vida, quien no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”, exclama san Juan (1 Jn 5,12). Cristo lo es todo, Cristo es la paz. Tenemos en Jesús la paz que necesitan los pueblos en guerra, los pueblos oprimidos, las comunidades en conflicto, las familias divididas, los corazones turbados por el mal propio o ajeno.

Por eso debemos preguntarnos sinceramente: ¿por qué damos tan poco a Cristo? ¿Por qué, teniéndolo todo en Él, no se lo damos al mundo que tanto lo necesita? Pero, ¿cómo debemos dárselo? ¿Por qué, cuando estamos convencidos de que lo damos, nos parece tan poco acogido? ¿Es acaso que lo damos mal? ¿Quizá que no lo damos de

verdad? ¿Quizá que la forma en que pensamos que lo estamos dando, en realidad lo esconde, lo guarda para nosotros? ¿Quizás que nos sentimos demasiado inadecuados para esta tarea sólo porque nos hemos vuelto más pequeños, más frágiles y cansados?

No debemos olvidar la preocupación fundamental del Sínodo: ayudar a la Iglesia a ser en el mundo de hoy “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen gentium* 1).

El pensamiento de las guerras en Ucrania y en Tierra Santa, hecho más intenso por la presencia en el Sínodo de algunos miembros procedentes de esas tierras, acompañó constantemente nuestra reunión e hizo aún más ardiente y urgente nuestra conciencia de esta misión esencial por la que el Concilio Vaticano II definió a la Iglesia. Si toda la Iglesia no dice “¡Aquí estoy, mándame!” (Isaías 6,8) para recibir de Dios la gracia de ser signo e instrumento de la comunión con Dios y de la unidad del género humano, la humanidad corre el riesgo de autodestruirse, a todos los niveles y de tantas maneras. Un signo tiene sentido si se realiza la realidad que señala; un instrumento tiene sentido si realiza la obra para la que está destinado. La unión filial con Dios de todo hombre y la unidad fraterna de toda la humanidad son lo que da sentido a la Iglesia. La Iglesia, y en ella cada comunidad y cada persona, se realiza en la misión al servicio de la comunión.

La luz de los pueblos

La *Lumen Gentium* comienza con estas palabras: “Cristo es la luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15) con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia” (LG 1).

La Iglesia es signo e instrumento de la luz de los pueblos que es Cristo.

El verdadero rostro de la Iglesia, a pesar de todas las incoherencias de sus miembros, es el rostro de una esposa radiante de amor por su Esposo. Ella refleja el amor infinito que el Esposo siente por ella y, a través de ella, por toda la humanidad. La Iglesia no puede experimentar el amor de Cristo sin sentirse abrasada por el deseo de comunicarlo, de reflejar la luz de Cristo al mundo entero. La Iglesia no tiene que crear luz: sólo tiene que reflejarla como la luna, como un espejo. Cuanto más limpio es el espejo, más refleja la luz sin disminuirla ni alterarla. Toda reforma de la Iglesia, toda reforma de una Orden o de una comunidad, como toda verdadera conversión personal, no es para lucir la propia belleza, sino para reflejar sin sombra ni opacidad la belleza de Cristo. La belleza de Cristo es toda la belleza de Dios manifestada al mundo.

Si somos conscientes de ello, comprenderemos que todos, sin excepción, podemos reflejar esa luz, porque nos ilumina totalmente. Cuando Jesús mira a un pecador, cuando mira a la mujer adúltera, o a Zaqueo, o a la Samaritana, o a Pedro cuando le está negando, en sus ojos, en su rostro, brilla toda la luz de su amor. No debemos temer que nuestra miseria apague la luz de Cristo. Si la miseria de la humanidad pecadora hubiera podido impedir que la luz del rostro de Jesús iluminara el mundo, nadie le habría encontrado, nadie le habría seguido, nadie se habría convertido. Nada puede detener la luz misericordiosa de la mirada de Cristo sobre el ser humano.

Ocultar la luz

El verdadero problema es que podemos ocultar esta luz. No podemos apagarla, no podemos impedir que brille sobre nosotros, pero podemos ocultarla. Jesús lo dejó claro cuando recordó a los discípulos que no “se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa” (Mt 5,15)

Qué locura poner una lámpara encendida debajo de un celemín o, como añade el Evangelio de Marcos, “debajo de la cama” (Mc 4,21). Sin embargo, a menudo lo hacemos. Cedemos de mil maneras a la tentación de ocultar la luz de Cristo a nuestros ojos y a los de los demás. No permitimos que el mundo vea que somos amigos del Señor, que somos suyos. Como Iglesia, estamos llamados a ser signo e instrumento de la luz de Cristo que ilumina nuestro rostro, pero a menudo es como si nos avergonzáramos de mostrarla. No se trata de “propagandizar” a Cristo, de hacer “proselitismo”, sino simplemente de no esconder a Jesús que se nos da tan gratuitamente. A veces hablamos de Él o proclamamos su Evangelio, quizá preocupados más por difundir la luz de nuestro rostro que por reflejar la suya.

Jesús dice que no escondamos la luz debajo de la cama o del celemín. ¿Qué simbolizan estas curiosas imágenes? Los que escuchaban a Jesús en aquel momento debían de estar sonriendo. Quizá la cama simbolice nuestra pereza, nuestra búsqueda de comodidad, nuestra falta de vigilancia y atención. El celemín, por su parte, es un cubo que servía para medir el grano y calcular su precio. Era, por tanto, una herramienta para calcular y comerciar con su contenido. La luz, sin embargo, no se vende: se da a sí misma, es un don en sí misma. Por naturaleza ilumina a todos, a menos que la ocultemos para guardarla sólo para nosotros, para dormir con ella o para comerciar con ella. Jesús nos llama a no esconder su luz bajo nuestra comodidad o bajo nuestra medida y sed de ganancia.

Cada uno de nosotros puede examinar su propia vida, cada comunidad puede examinarse a sí misma, tal como la *Carta de Caridad* nos pide que hagamos en cada Capítulo General, reunión sinodal por excelencia, o durante las Visitas Canónicas. ¿Bajo qué y cómo ocultamos la luz del mundo que es Cristo? Toda la Iglesia está llamada a ello por el Sínodo y siempre. La Iglesia no debe reformarse para ser bella, sino para no ocultar el rostro del Señor que mira al mundo con compasión y amor infinitos.

Servidores de la luz

Basta no esconder la luz de Cristo, basta ponerla en el candelabro, para que brille para todos. A veces complicamos nuestra misión y nuestro testimonio, porque pensamos que requiere grandes talentos, valentía, inteligencia y santidad. Pero si la luz se nos da, si viene a nosotros, como el anuncio a los pastores o la estrella de los Magos, basta con ponerla en el candelabro, es decir, no esconderla. Una persona o una comunidad que simplemente no esconde la presencia de Cristo, su amistad, la verdad de su palabra, se convierte en candelabro y vive así la plenitud de su misión.

A menudo son las personas o las comunidades más humanamente insignificantes las que manifiestan más claramente a Cristo, precisamente porque con ellas Jesús puede ser plenamente Él mismo, expresando toda la ternura de su presencia.

Toda vida cristiana, y toda vida monástica, requiere ascesis, no para encender la luz, sino para acogerla y colocarla en el candelabro. El día de nuestro Bautismo, recibimos la luz de Cristo, la luz que se enciende en la Noche de Pascua. A partir de entonces, toda la vida está llamada a mantener encendida esta llama y a transmitirla a todos. Quien la esconde bajo el celemín o bajo la cama, impide que su Bautismo dé fruto. El fruto del Bautismo es que nuestra vida sirva al esplendor del rostro del Señor.

También los dos discípulos de Emaús, cuyo itinerario es el paradigma de la sinodalidad cristiana, sentían arder una llama en su corazón, encendida por la presencia y la palabra del Resucitado. Cuando abrieron los ojos al esplendor eucarístico del don de Cristo al mundo, simbolizado por el pan partido, corrieron inmediatamente a llevar esta luz a sus hermanos y hermanas de Jerusalén.

Podemos hacer la misma experiencia en nuestra propia vida, si nos dejamos guiar verdaderamente por lo que la Iglesia, y en particular nuestra vocación, nos ofrecen para acoger y transmitir la luz de Cristo.

Luz es, ante todo, la Palabra de Dios, el Evangelio, que estamos llamados a escuchar meditando la Sagrada Escritura, pero también escuchando a Jesús, que misteriosamente nos habla a través de todos y de todo, porque Él es el Verbo que se expresa en toda criatura, y que sobre todo ama hablarnos a través de los pequeños y de los pobres, a quienes no se ocultan los secretos del Padre (cf. Mt 11,25).

Luz es la vida comunitaria que constituye la vida del Cuerpo del Señor y en la que da sus pasos cotidianos el pueblo de Dios en su camino diario a través de la historia hacia la Jerusalén celestial. Cultivar la fraternidad significa mantener encendida en el mundo la llama de la caridad de Cristo.

Luz es la Cruz en la que la ofrenda de todos los sufrimientos culpables e inocentes de nuestro corazón y de la humanidad son transformados inmediatamente por el Espíritu Santo en plenitud de amor y fecundidad, como en María, Madre de todos los hijos de Dios.

Luz es humildad, pobreza de corazón y en las relaciones, que nos une a la luz de Cristo como la leña al fuego. La humildad misma es luz, la pobreza misma resplandece, porque no añaden nada al amor de Cristo, sino la materia que se deja quemar sin reservarse nada.

Podemos decir entonces que *cuando escuchamos y caminamos juntos, ofreciéndonos con humilde pobreza, se realiza entre nosotros el consenso más precioso y luminoso de nuestras diferencias: ¡Jesucristo mismo!*

La luz de la esperanza

El Papa Francisco nos llama constantemente a ser testigos de esperanza en medio de un mundo dividido y desorientado. Porque la esperanza es la luz de Cristo que viene a curar las heridas de la humanidad.

¿Qué significa tener esperanza y dar testimonio de ella?

A menudo vinculamos nuestra esperanza a las razones que nos hacen esperar un futuro mejor. Si llega una vocación al monasterio, tenemos esperanza de que la comunidad sobreviva. Si durante una enfermedad vemos que las curas empiezan a hacer efecto, tenemos esperanza de que nos recuperaremos completamente.

Pero la verdadera esperanza cristiana no se funda en razones que nos hagan esperar un futuro mejor. La esperanza cristiana sólo tiene un fundamento: la fe en Dios, la confianza en el Padre, la comunión con Cristo presente que camina con nosotros.

Esta esperanza, más fuerte que cualquier esperanza humana fundada sólo en razones inestables, es una gracia, un don del Espíritu. No nos hace vivir de lo que nos da el mundo o de lo que podemos ser o hacer nosotros mismos, sino de Dios que se nos da a sí mismo, que nos acompaña como buen Pastor y que vive en nosotros. Cristo mismo es nuestra esperanza, la única esperanza que no defrauda.

Las esperanzas basadas en razones pasajeras tarde o temprano decepcionan. Nos hacen esperar un futuro soñado que raramente se hace realidad, y si se hace realidad, es una realidad que no dura y que defrauda las expectativas del corazón. Son las esperanzas del rico insensato descrito por Jesús en el Evangelio, que se dice a sí mismo: "Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente". Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?" (Lc 12,19-20).

La esperanza, en cambio, es la virtud de los pobres y humildes que sólo se apoyan en la confianza en Dios. Es la virtud que no se reduce a esperar un futuro mejor, sino que cambia ya el presente, llenando de paz las circunstancias en que vivimos, aunque sean difíciles, fatigosas, llenas de escollos. Lo que mejora la vida no es en primer lugar el cambio de las circunstancias, sino la conversión de nuestro corazón, que reconoce que Jesús está aquí, caminando con nosotros, hablándonos, amándonos, perdonándonos y ayudándonos a perdonar y a amar a los demás.

Este es el testimonio que verdaderamente trae esperanza al mundo; esta es la luz de Cristo en nuestras vidas que no debemos esconder y que debemos ayudar a brillar con humildad y sencillez, con la alegría de los pastores de Belén que, habiendo visto la luz en el Niño y acogiéndola en su corazón, la pusieron inmediatamente en el candelabro de su rostro y de su palabra para iluminar con ella a toda la humanidad.

¡Hagámonos unos a otros, orando y adorando, este deseo de Navidad y sigamos caminando juntos, impulsados y sostenidos por la esperanza que revela al mundo la luz de Cristo!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist